

purorelato

I CONCURSO
DE MICRORRELATOS
CASA ÁFRICA

Casa África

Alto Patronato

Presidencia de Honor

SS.MM. los Reyes Don Juan Carlos y Doña Sofía

Consejo Rector

Presidencia

Excmo. Sr. D. Paulino Rivero Baute

Vicepresidencia

Excmo. Sr. D. José Manuel García-Margallo Marfil

Vocales

Gonzalo de Benito Secades, Gonzalo Robles Orozco, Manuel Gómez-Acebo Rodríguez-Spiteri, Fernando Eguidazu Palacios, María Claver Ruiz, Ricardo Díez-Hochleitner Cousteau, Pilar Serret De Murga, Rafael Luengo Lázaro, José Miguel Pérez García, Javier González Ortiz, Francisco Hernández Spínola, Ildefonso Socorro Quevedo, Pablo Martín-Carbajal González, Juan José Cardona González

Director General

Santiago Martínez-Caro

Gerente

José Luis Márquez Ocaña

Jefa del Área Web y Mediateca online

Estefanía Calcines Pérez

Casa África es el consorcio de diplomacia pública al servicio de la acción exterior del Estado en el continente africano, que forma parte de la Red de Casas de la diplomacia pública española. Con sede en Las Palmas de Gran Canaria y creada en 2006, Casa África organiza actividades de carácter económico, así como en los ámbitos político, social, educativo y cultural, siempre con la intención de fomentar las relaciones a todos los niveles entre España y África. Los entes participantes de este consorcio público son el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, el Gobierno de Canarias, la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) y el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

*El cuerpo del hombre es muy
pequeño comparado con el
espíritu que lo habita.*

TRADICIÓN ORAL AFRICANA

In Memoriam Himar Suárez Ojeda.

Índice

Prólogo.....	13
Introducción.....	15
Selección de microrrelatos y firmas invitadas.....	17
El viajero.....	19
La vida verde de los elefantes.....	21
Revelación.....	23
Flores para Katy.....	25
Zarpazo.....	26
El dictador africano.....	27
Cambio Climático.....	28
Barcas de sueños.....	29
El elegido.....	30
Huelga general en Namibia.....	31
Una sola piel.....	32
A sus pies.....	33
Ruptura.....	35
Reputación.....	36
Ofrendas.....	37
Alifato de mi niñez.....	38
El avestruz y el guepardo.....	39
De: África.....	40
Una mala época.....	41
Esta agua.....	43
Una tormenta de sol.....	45
El pecho del diputado.....	47
Un eco lejano.....	50
El Imperio del Sur.....	51
El diente de oro o la segunda muerte de Samuel Dende.....	52
Mama África, Perdóname.....	53
700 hombres.....	55
La cosecha.....	56
Las mil lenguas de fuego.....	57

África	59
El día que volvió el monzón	60
Rencor	61
La Duda.....	63
Corazón a corazón	65
Bonái	67
La otra aventura	68
Lord Harrington	69
El secreto del lenguaje	71
Tan cerca, tan lejos.....	72
Los olores del recuerdo.....	73
Al otro lado.....	74
Cambio de marea.....	75
El camino de Hamid.....	76
Pistas, pistas	77
Á-F-R-I-C-A.....	78
El orgullo del león.....	79
Legado	81
Mi abuelo africano.....	82
Viaje hacia sí mismo	83
Tuareg.....	84
El segundo antes del ocaso	85
Obiageli	86
La caja de Babu.....	87
Aún tengo esta foto	88
El Cairo	89
Aceite de palma.....	90

Prólogo

Santiago Martínez-Caro

Director general de Casa África

Siguiendo las reglas del microrrelato, en menos de doscientas palabras trataré de presentarles este libro, que es el cúlmen del I Concurso de microrrelatos Casa África, *Purorrelato*, una feliz iniciativa que lanzamos en abril de 2013 y cuyo éxito nos ha emocionado porque ha permitido conectar con los cinco continentes. Desde cada uno de ellos recibimos estas microhistorias, casi mil esencias sobre África, de las que el jurado ha seleccionado el medio centenar que conforman esta publicación. Cada una nos invita a asomarnos a vivencias, sueños, esperanzas, sentencias, dilemas, quimeras... Todas ellas con el continente africano como denominador común. Muchas gracias a todos los participantes por compartir estos micromundos con sabor africano y enriquecer esta relación de ida y vuelta entre España y África que desde Casa África tratamos de fortalecer día a día.

P.S.: Sé que ya estoy a punto de pasarme de extensión, pero es de justicia agradecer especialmente la colaboración de Antonio Lozano para la introducción del libro y del resto de las firmas invitadas, escritores profesionales que han decidido jugar con nosotros y descubrirnos una microhistoria africana: Boubacar Boris Diop, Justo Bolekia, Cristina R. Court, Berbel y Ángeles Jurado, que con su buen hacer redundan en que la lectura de esta publicación de microtextos sea un placer enorme. Muchísimas gracias.

Introducción

Antonio Lozano

Escritor

He aquí un regalo envuelto en palabras. Una vez abierto nos encontramos con un cofre y, en su interior, un tesoro. No hay pirata de por medio, ni ha sido precisa una larga búsqueda para hallarlo. Es más, se deja abrir sin la menor resistencia, te invita a adentrarte en él, se ofrece a ti perla a perla, palabra a palabra, historia a historia. Elijas la que elijas, ninguna te defraudará.

He aquí el cofre de las pequeñas historias africanas. No tardarás en descubrir que es el amor el que ha guiado la mano de quienes nos las cuentan. El amor al continente en que todo es posible, en que la vida brota por doquier en sus mil y una caras. El cofre de los cuentos minúsculos, de las palabras escuetas escritas sobre el asfalto de la ciudad o sobre la tierra reseca del desierto, hechas de dolor o de alegría, narradas a lomo de cebras o en los brazos de una madre.

He aquí un libro cofre, un libro sorpresa, un libro aventura. Un libro escrito por manos numerosas y diversas que han recorrido África de norte a sur, de cielo a tierra. Muchas de esas manos jamás se han encontrado, nunca se han visto. Se reúnen por vez primera en este hermoso regalo que, entre todas ellas, han inventado para nosotros.

Selección de microrrelatos y firmas invitadas

María del Mar Horno García
Ganadora del Primer Premio / Purorelato 2013

Nacida en Torredonjimeno (Jaén) en 1970, Mar Horno es documentalista audiovisual en la Radio Televisión de Andalucía. Escritora por vocación y necesidad existencial, pertenece a la llamada generación bloguera al frente de su blog *Maremotos*. Piensa que la literatura puede auparnos a la copa del árbol y desde allí hacernos admirar el maravilloso bosque que se extiende a nuestro alrededor.

Ha ganado diversos certámenes literarios como Trabajar en Información y Documentación, de la Universidad de Salamanca; ¿Dónde lees tú?, de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez; Relatos de Viajes de la Cadena Ser; I Concurso de Microrrelatos La Microbiblioteca y quedado finalista anual dos veces en Relatos en cadena de La Ser y la Escuela de escritores de Madrid. Sus textos aparecen en diversas antologías del género como *La Antología Triple C*, de la Editorial Macedonia; *DeAntología la logia del microrrelato*,

de Talentura; *El día de los cinco reyes*, de miNatura; *Con un par de narices*, de La Esfera Cultural, o *Misterios para el sueño*, de la Editorial Osiris.

Acaba de publicar su primer libro de microrrelatos llamado *Precipicios habitados* con la editorial madrileña Talentura Libros.

LA ESCRITURA ES
UNA TABLA DE SAL-
VACIÓN, UNA VÍA DE
ESCAPE PARA SOBRE-
VIVIR CON DIGNIDAD
EN UNA SOCIEDAD
QUE NOS HACE EN-
GULLIR LA VIDA SIN
MASTICAR

—María del Mar Horno



El viajero

María del Mar Horno García

Viajar abre la mente. Por eso el abuelo tenía un agujero en la cabeza de considerable tamaño. Muchas veces era divertido porque de él huían cebras a la carrera, algún lemur o una cría de elefante. Los niños siempre remoloneaban a su alrededor esperando que saltara de su mollera abierta cualquier sorpresa. Otras veces era muy fastidioso. Por ejemplo, cuando emergían sonidos estridentes de alguna gran ciudad o asomaba la punta del Kilimanjaro y teníamos que llamar a la grúa para sacar la gigantesca mole. Un día comenzó a brotarle agua en cascada y arrastró todos los muebles varias leguas, dejando en el jardín una canoa varada. En cierta ocasión, salió, no sin esfuerzo, una familia somalí con la que intercambiamos costumbres y saberes. Incluso, el pequeño Kalí se quedó con nosotros algunos años. Cuando el viejo, por fin, emprendió su último viaje, le pusimos su trasnochado traje de aventurero y le colocamos en una pira que ardió lentamente. Y mientras el humo ascendía, se alejaron también libertad, tolerancia, respeto, sueños. Como aves migratorias. Y de nuevo se abotonó nuestro pequeño ojal de las utopías.

Isidro Catela Marcos

Ganador del Segundo Premio / Purorelato 2013

Isidro Catela Marcos nació en Salamanca en 1972. Está casado y es padre de tres hijos. De vocación y profesión: escritor, en el buen sentido de la palabra. Periodista, profesor universitario y doctor en Ciencias de la Información, colabora habitualmente en diversos medios de comunicación, en los que intenta cuidar con mimo la palabra para preservarla en la medida de lo posible, de vértigos y otros atropellos periodísticos. Por eso, le gusta reposar la actualidad, escudriñarla y desvelar su lado más poético.

Ha ganado más de una treintena de premios de relato corto, microrrelato y poesía; y ha publicado libros de ensayo sobre televisión, Iglesia y ética de la comunicación social, temas sobre los que a menudo imparte conferencias en universidades de todo el mundo.

Además es autor del poemario infantil *La lámpara encendida*. En la actualidad dirige la Oficina de Información de la Conferencia Episcopal Española y el programa *Testimonio* de La 2 de TVE. Es editorialista y colaborador habitual de la Cadena COPE y consejero de 13 TV.

LO BUENO, SI BREVE,
DOS VECES BUENO.
Y SI ES MALO, POR LO
MENOS NOS QUEDA-
RÁ EL CONSUELO DE
QUE HA SIDO BREVE

—Isidro Catela



La vida verde de los elefantes

Isidro Catela Marcos

Durante treinta años, he recorrido en bicicleta las cuestas de las calles de Nairobi. Todos los días, de la favela a la plaza, de la plaza al mercado. La gente, con su alegre lentitud, me ha saludado siempre. Sólo a mí, aunque nunca fuera solo.

Al principio, rodaba en tándem con un guepardo perfecto. En los trechos cortos, alcanzábamos los ciento veinte kilómetros por hora. Llevábamos a tiempo las tilapias, las verduras, el cardamomo, la carne, el cilantro. Nadie lo veía, pero iba a mi lado. A veces le daba un pedazo de cebra como recompensa. Inseparables.

Después, con el tiempo, nos fuimos distanciando. Mis piernas no le acompañaban y no me parecía justo que él hiciera todo el trabajo. Aparqué la bicicleta, le di un abrazo y nos despedimos para siempre.

Ahora ya no subo al mercado. Paso las mañanas al sol. Por las tardes, me pongo la única chaqueta que tengo y paseo por Parklands, el barrio inglés. Hace días que le sigo la pista a un nuevo amigo. Es enorme. Estoy seguro de que vive allí.

Tal vez quisiera subirse a la bicicleta, sin obligaciones. Podríamos huir de la vida gris. Podríamos compartir los bulbos y las hierbas verdísimas que me quedan en la cesta. La gente me seguiría saludando únicamente a mí. La mayoría, con la misma alegría; con mayor lentitud, si cabe. Otros, con una pizca de distancia, preguntándose por la secreta razón de una soledad tan bien llevada.

Santiago Trujillo Velásquez

Ganador del Tercer Premio / Purorelato 2013

Santiago Trujillo Velásquez nació en Medellín (Antioquia, Colombia), en 1974 y es psicólogo de profesión. Escribe para los amigos. A veces manda textos a concursos. Tiene un blog en el que escribe con relativa frecuencia llamado El Blogcutorio, otro en el que consigna chistes que acuden a su conciencia y otros en los que nunca escribe. Corrigió, con la ayuda de Dios y del Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, *El cuaderno de Margarita*, autora independiente de la ciudad de Medellín, y *Abanico de historias*, de la escritora Nury Velásquez Ceballos, a la sazón, su mamá. Ha escrito dos pequeños libros: *La vuelta al pensum en 40 meses* y *18 historias del 91 para miles*, que no han sido publicados por temor y/o por el ejercicio disciplinado de una duda morbosa. Socio fundador de El Club de la Risa de Medellín, institución que operó a lo largo de dos largos años pero que cerró sus puertas al público sin que se conozca aún con certeza el motivo.

LA LITERATURA HA
SIDO PARA MÍ UNA
FUGA, O AL REVÉS,
MI CASA, UNA RE-
GIÓN DEL MUNDO EN
LA QUE ME SIENTO
TRANQUILO

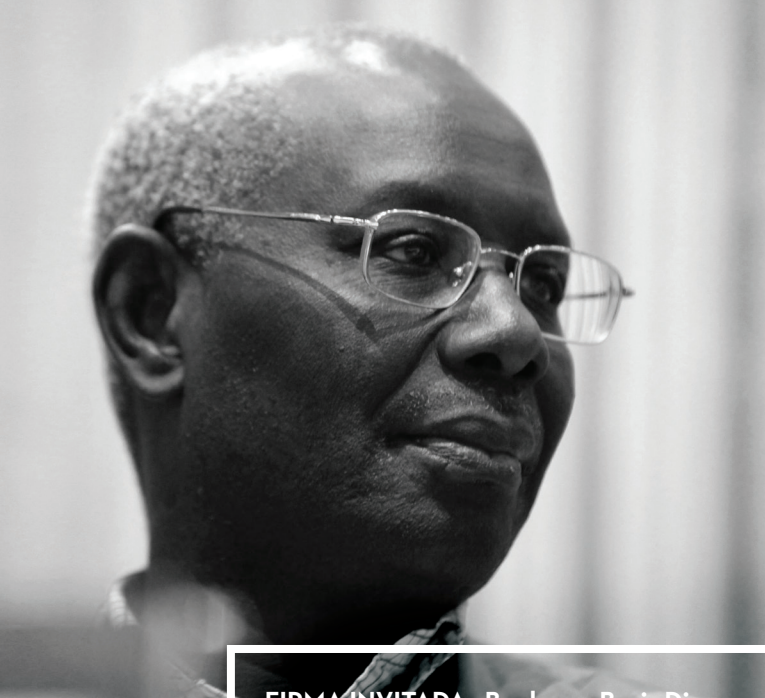
—Santiago Trujillo



Revelación

Santiago Trujillo Velásquez

A los treinta y cinco años, en la pista de baile, se vino a dar cuenta de que era negra.



FIRMA INVITADA · Boubacar Boris Diop

Novelista, ensayista, dramaturgo y guionista, Boubacar Boris Diop es considerado uno de los grandes escritores actuales de África. Nacido en Dakar (Senegal) en 1946, emplea el francés y el wolof en sus creaciones literarias. Tras dirigir un periódico en su país natal, actualmente colabora en varios diarios franceses, italianos, suizos y senegaleses. Es miembro del Foro Social Africano y participó como representante de este en el Foro Social Mundial de Porto Alegre (2003).

Sus obras narran tragedias y esperanzas que reflexionan sobre el ser humano. Algunos títulos son: *Le cavalier et son ombre* (1997), *Murambi, le livre des ossements* (2000) y *Doomi Golo* (2003). También coordina talleres de escritura en varios países africanos y ha realizado trabajos como guionista, como fue el caso de la película *Un amour d'enfant*, de Ben Diogaye Bèye.

Su obra *Los tambores de la memoria* forma parte de la Colección de Literatura de Casa África.

NUESTRA
ALIENACIÓN ES EN
REALIDAD TAN
PROFUNDA QUE EL
REGRESO A UNO
MISMO REQUIERE
VALENTÍA Y UNA
PIZCA DE LOCURA

—Boubacar Boris Diop

Flores para Katy

Boubacar Boris Diop

En el cruce de Abîmes, alguien gritó su nombre desde la terraza de un bar. G. pensó que sería mejor seguir su camino, pero no tuvo la suficiente fuerza de voluntad. De todas maneras, no se dejaría tentar. Ni una gota más de alcohol en su garganta. Cuando el camarero puso delante de él una taza de chocolate, su amigo sonrió y G. tomó la iniciativa:

—¿Te preguntas qué me pasa, verdad?

El otro sostuvo su mirada y G. continuó con aire grave:

—Ya estoy harto de ser un gusano.

—¿Y... esas flores?

—Son para Katy. Voy a arrastrarme a los pies de esa santa mujer para implorar su perdón.

Su amigo sacudió la cabeza, pensativo. Bien afeitado, limpio, con las flores en la mano, G. recorrió con él el circuito de todos los bares durante la mañana. Al mediodía, toda su pandilla se reunió en el Pélican Doré. Orgulloso de haber resistido a las burlas de sus compañeros, decidió tentar al diablo. Les iba a demostrar que incluso después de una primera botella, seguiría estando tan admirablemente fuerte.

La cerveza helada que bajaba por su garganta le producía un placer inaudito y soltó un eructo estrepitoso. Señor, ¡qué felicidad!

Hacia el final de la velada, estaba tan borracho que ni siquiera se acordaba de si había decidido dejar de beber. Y le daba igual. ¡Y tanto que le daba igual! ¿Dónde estaba su libertad para cogerse una cogorza, coño?

En el barrio de la Marée, se sintió traspasado por la mirada de Katy, de pie delante de la casa de ambos. Con el cuerpo presa de convulsiones, G. le ofreció sus flores, cantando a viva voz para no tener que escuchar sus propios pensamientos.

Katy las cogió sin decir palabra.

Las flores estaban marchitas.

Zarpazo

Julia Chaktoura

Acecha el león en la espesura. Cimbrear de túnica y ánfora en el camino de la sed. Salto. Abrazo filoso. Rojo sobre blanco. Y el párpado abierto del espanto comprende tarde que la peligrosidad del río no está en el agua.

El dictador africano

Edweine Loureiro da Silva

—¿Un sistema revolucionario? ¿Y de lectura? —le preguntó, asustado, el comandante de la nación a la profesora de método Braille.

Cambio Climático

María del Mar Horno García

Hacía tantos años que llovía sin parar en África que nadie recordaba ya lo que era un desierto. Al ir muriendo los últimos ancianos también fuimos olvidando la textura de la arena, la magia de los espejismos y la frescura de los oasis. Las cabañas se construían ahora sobre pilares, se iba a trabajar en barca, los acuarios se llenaron con animales terrestres disecados y las macetas albergaban algas o sargazos. Las ballenas quedaban varadas en los tejados. Plagas de peces voladores entraban por las ventanas. En los travesaños de las escaleras se instalaron mejillones y percebes. Incluso el agua empezó a llenarnos por dentro y al andar se oía un glu glu de líquido en movimiento. A veces, tan diluidos ya, nos colábamos al piso de abajo por las rendijas de la madera, y ya puestos, cenábamos en casa de los vecinos. Por supuesto, siempre pescado. En los postres, alguien contaba alguna historia de miedo, como la de aquella familia que se comió a su invitado. Todos ahogábamos un grito de horror. Pero, mientras volvíamos a casa, nadie podía dejar de pensar en unos muslos carnosos.

Barcas de sueños

Cristina Fernandez Valls

Eran las 2.30 de la mañana cuando subimos a la barca. La noche estaba totalmente cerrada y no había luna. Salimos con los motores apagados, impulsados por varios remos grandes que algunos hombres hundían en el agua. Cuando estuvimos suficientemente lejos de la orilla, encendieron los motores y el viento empezó a colarse a través de mi chaqueta. Me arrimé más hacia el hombre que tenía a mi derecha y él no se apartó. Me quedé dormida junto a él.

Cuando desperté el cielo brillaba. Me incorporé y asomé la cabeza fuera de la rudimentaria embarcación. Estaba pintada de azul para no ser descubierta. - o eso fue lo que me dijo el pasante-. Miré a mi alrededor y sólo vi agua y agua en todas direcciones. La tierra había desaparecido y estábamos solos en la inmensidad del océano. Acaricé mi vientre.

Serás europeo, hijo mío —susurré.

Al pronunciar esas palabras algo se rompió dentro de mi y ahogué un sollozo. Me hundí en la barca y cerré los ojos.

El elegido

Alí Bey

El anciano negro y arrugado penetró en la caverna para rezar y Dios, un dios también negro y arrugado, apareció para revelarle que el mundo se extinguía, inexorable, y él era el último hombre sobre la tierra:

—No puedo dejarte marchar, pues si lo hago morirías —le reveló Dios, antes de añadir—. . . Y yo contigo.

De esta manera, sumidos en la oscuridad de la cueva, sostuvieron sus miradas eternas mientras los milenios se sucedían; adorándose, temiéndose, fundiéndose, hasta que ninguno supo ya quién era Dios y quién Hombre.

Transcurrió la eternidad y llegó el olvido.

¿Quién estaba allí primero?, se preguntaron. ¿Y por qué nunca salimos de esta cueva?

Lo habían olvidado. Por eso uno de los dos se aventuró afuera y murió de pena tras contemplar la perfección aleatoria de un mundo que nadie, ni Dios ni Hombre, había creado.

Huelga general en Namibia

José Agustín Navarro Martínez

La lagartija angoleña de la pérgola toma hojarasca antidepresiva por prescripción de la polilla botsuanesa desde que el señorito sudafricano le perdonara la vida a cambio de flexibilizar sus condiciones existenciales. Por eso, los bichos anarcosindicalistas que moran en el latifundio namibio (grillos con cláusulas de cri-cri a destajo, alacranes becarios, tijeretas prejubiladas, pulgas a prueba, cigarras soprano con contrato mercantil, termitas hasta fin de obra, culebras inmigrantes sin permiso de extranjería) se deslizan bajo la camiseta del joven terrateniente entonando zumbidos revolucionarios, desplegando alas reivindicativas, extendiendo sus trompas telescópicas, lubricando las mandíbulas, ungiendo sus colas lacerantes, presurosos por infringirle el típico piquete informativo.

Una sola piel

Uma só pele

Lidia Rodríguez Viera

Miraba al vacío sin abrir los ojos, presionando los párpados con sus manos. No se atrevía a moverse lo más mínimo. La sensación era como estar en el interior de una gran vasija de arcilla aún sin cocer. Olor a tierra y humedad. Ella consentía el miedo, casi terror, porque era lo único que le hacía reaccionar. Con todo perdido encontró la tranquilidad, fue en ese silencio donde aprendió a sentir otras sensaciones. Unos maniobraban en su cuerpo de forma mecánica, mientras otros tocaban su piel toda su superficie para calmar los dolores. Fue así como crearon en ella calidez y distancia de aquel vacío. No hubo mejor manera de entender que ella es porque los demás son. Que ella es porque pertenece a quienes ama. Porque todos somos Ubuntu.

Olhava para o vazio sem abrir os olhos, pressionando as pálpebras com as mãos. Não se atrevia a mover-se minimamente. Sentia-se como no interior de uma grande vasilha de argila ainda sem cozer. Cheiro a terra e humidade. Ela consentia no medo, quase o terror, porque era a única coisa que o fazia reagir. Com tudo perdido, encontrou o sossego, foi nesse silêncio onde aprendeu a perceber outras sensações. Uns manobravam no seu corpo de forma mecânica, enquanto outros tocavam na sua pele, cobrindo toda a superfície para acalmar as dores. Foi assim como, daquele vazio, criaram nela calidez e distância. Não houve melhor maneira de compreender que ela é porque os demais são. Que ela é porque pertence a quem ama. Porque todos somos Ubuntu.

A Himar

En una época te quise más que a mi vida.

Ahora sé que te querré siempre.

A sus pies

Caravaggio

Un lagarto rojo y yo, cara a cara, a los pies de Von Trotha. Un general alemán, una estatua rencorosa, un corazón de piedra en el oeste del África Austral.

A nuestro alrededor los africanos y africanas nos miran de reojo, curiosos, sin entender esa pasión caduca de unos seres obsesionados con el futuro. Pasean hacia el parque cercano, rodeando ese signo del pasado colonial que han conservado. La valentía del que sigue su camino sin olvidar la oscuridad blanca.

Y yo, extraña en este país, más forastera que el ser endurecido y aún más que el lagarto, me marcharé de este paisaje para no convertirme en un soldado de piedra en tu álbum de fotografías.

Si me dieran a escoger, prefiero ser como el lagarto rojo que, divertido, te lanza un guiño mientras muestra su lengua bífida.

FIRMA INVITADA · Ángeles Jurado

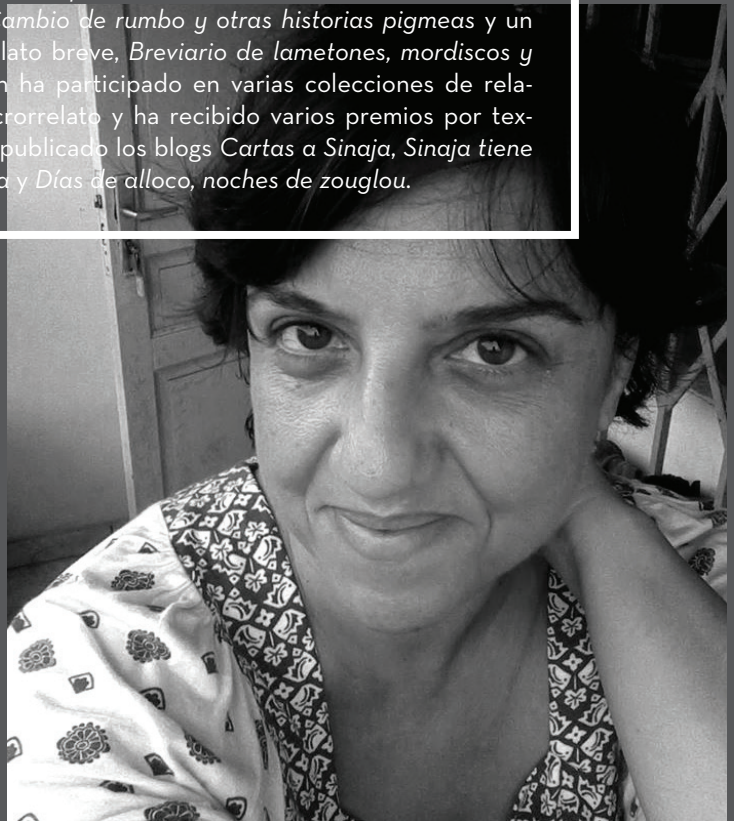
Ángeles Jurado Quintana nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1971. Estudió Ciencias de la Información, rama de Periodismo, en la Universidad Complutense de Madrid. Ha colaborado en publicaciones como *La Provincia*, *La Gaceta de Canarias*, *Islas*, *MC2* y *Grada*. Amplió estudios en Suecia e Irlanda antes de volver a instalarse en Canarias. Actualmente trabaja en el departamento de Comunicación de Casa África y escribe en publicaciones especializadas como el blog *África no es un país* y los medios *Guinguinbali* y *Afribuku*.

Ha publicado *Síndromes de Estocolmo*, una recopilación de columnas que aparecían en el suplemento semanal *La Otra Mirada* en *La Tribuna de Canarias*; otra compilación de columnas periodísticas, que escribió mientras trabajaba en el periódico *Canarias7* y que se titularon

genéricamente *Salvapantallas*; una colección de microrrelatos denominada *Cambio de rumbo y otras historias pigmeas* y un volumen de relato breve, *Breviario de lametones, mordiscos y besos*. También ha participado en varias colecciones de relato breve y microrrelato y ha recibido varios premios por textos cortos. Ha publicado los blogs *Cartas a Sinaja*, *Sinaja tiene quien le escriba* y *Días de al loco, noches de zouglou*.

TRES FRASES SON
CAPACES DE DEJAR-
NOS RUMIANDO,
EVOCANDO, CON
UNA SONRISA SE-
CRETA COLGANDO
POR DENTRO DE LOS
LABIOS, INQUIETOS,
DESASOSEGADOS

—Ángeles Jurado



Ruptura

Ángeles Jurado

Dejó de ver los grandes documentales de La 2 la tarde en que él la abandonó. Para evitar la intromisión, a mitad de su sobria ensalada, de una cebra agonizante entre las fauces de una leona o un cocodrilo a la pesca del ñu, eliminó —dolida e implacable— la cadena del codificador de su televisión. Intentó borrar, en vano, todo un continente de su vida. Mas nada podía evitarle las trampas traicioneras de los gentilicios africanos, pequeñas minas ineludibles estallando en su pecho durante el Pasapalabra.

Reputación

Alicia R. Ricardo

El perro tiene cuatro patas y coge un solo camino. Yo tengo dos y quisiera volar.

La madre le dio dos bofetadas muy fuertes en la mejilla izquierda. Ella se tragó las lágrimas. Sabían a odio y rencor. Se acomodó el canasto en la cabeza y camino directa hacia la salida. Quería abrir la tierra y meterse en el agujero más profundo. La madre mantenía la expresión firme del principio. No movió un músculo siquiera cuando la vio alejarse por el camino de polvo. Ella iba despacio, despacio; hasta que se perdió en el horizonte.

Ofrendas

Francisco Alberto Campos Hernández

Un hombre coloca flores ante la tumba de sus padres, se arrodilla y ora en silencio.

Cuando se dispone a marcharse ve a un joven, negro y de colorida vestimenta, que coloca platos con diversos alimentos frente al panteón familiar.

El hombre piensa que es absurdo ofrendar alimentos a los muertos y sonrío. Se le acerca:

—Disculpe mi curiosidad. ¿Cuándo comen los espíritus de sus antepasados? —logra contener la risa.

El joven lo mira muy serio, luego sonrío:

—A la misma hora que los suyos huelen las flores.

Alifato de mi niñez

Sonia García Milagros

Al fin llegamos a España, como tantos otros. Revivo con nitidez como al poco tiempo casi aborrecí mi nombre, Achoura. Había imaginado mil situaciones y formulado mil preguntas pero nadie me avisó que al emigrar perdería todos los matices con los que mi nombre era pronunciado y que serían substituidos por una especie de danza macabra de la fonética y la transliteración.

A Alfonso le encantaba oírme pronunciar “sicuro” por seguro, “sabato” por zapato y otras lindezas como él amablemente adjetivaba. Era profesor de “castillano” para inmigrantes en un local vecinal y conocía bien todo lo que ocurría en mi pequeño mundo. Un día me dijo: camina entre la fonética y el significado de las palabras castellanas y da tantos pasos entre ellas como los que hiciste para llegar hasta aquí, cruza la frontera lingüística como tantos otros lo hicieron antes que tú, me abrazó y me regaló un diccionario de castellano. Con aquel libro viajé interiormente, crecí con sus verbos, me enamoré con sus adjetivos, me reí con sus trabalenguas, fui a la universidad con sus frases. Hoy colaboro con arabistas castellanos, transliterar es mi pasatiempo preferido y sigo a Fátima como Alfonso hizo conmigo.

De vez en cuando echo de menos pasear mientras la brisa de mi dialecto me acaricia y por ello, cada año, hago miles de kilómetros sin cansarme apenas.

El avestruz y el guepardo

Mabel Andreu

A mi abuelo le gustaba decir que en otra vida fue avestruz. Me lo repetía sentado a la puerta de su choza cuando el cielo se teñía de rojo al atardecer. Entornaba sus ojos ribeteados de surcos y, mientras chupaba un palito, iniciaba su relato casi en un susurro. Había sido un avestruz veloz, decía, hasta el punto de que nadie en la sabana había podido nunca aventajarle.

Durante mucho tiempo hubo un guepardo empeñado en retarle. Es verdad que aquel enorme felino podía correr a mayor velocidad pero se cansaba pronto. Mi abuelo, el avestruz en otra vida, tenía mayor aguante y siempre veía al guepardo, tan arrogante en la salida, dejarse caer rendido y babeando a la sombra de una acacia.

Ahora yo siento el aliento de este “guepardo” casi en el cogote pero sé que no lo conseguirá. Ha salido como una bala, sí, pero quedan todavía los últimos mil metros. Su zancada es descomunal, sí, pero mi corazón resiste más. Hoy el etíope tendrá que conformarse con el segundo escalón en el podio.

Corre, Gathimba, corre, como cuando en la sabana te perseguía un elefante enfurecido y conseguías zafarte de él; corre Gathimba, corre, que allí no tenías estas maravillosas zapatillas y solo la gruesa capa de piel de tu planta te protegía del suelo. Corre, Gathimba, que esta vez el nombre de Kenia se juntará al de un triunfador.

Y tu abuelo sonreirá desde el paraíso de los avestruces.

De: África

John

La mujer continuaba agazapada, oculta entre los arbustos de la sabana, inmóvil, con los sentidos en estado de alerta, husmeando el ambiente. Aunque hacía un buen rato que la brisa de la mañana no le traía ninguna señal de peligro, permanecía con el rostro pegado al suelo. Su instinto le decía que, tal como estaba, a cuatro patas, nunca podría cerciorarse de que sus depredadores habían abandonado la persecución. Así que, haciendo acopio de valor, intentó incorporar su escaso metro de altura a fin de poder otear por encima de los arbustos. A duras penas, consiguió mitigar el dolor que le provocaba su nueva postura y, al mismo tiempo que descubría un nuevo horizonte, rumiaba sobre si aquel esfuerzo valdría la pena, si erguirse sobre sus dos piernas traseras tendría alguna consecuencia positiva para su supervivencia.

Una vez consiguió estabilizarse, Lucy alzó la mirada hacia el cielo.

Una mala época

Mauvaise saison

Yeo de *Fanidianhoua*

Zana no era un polígamo feliz. Sufría visiblemente y su malestar aumentaba con cada día.

Se había vuelto irascible desde que sus tres mujeres habían hecho las paces. Desde entonces, una de las esposas cocinaba para toda esa gran familia; y era él, Zana, quien debía pagar la comida. Y como quiera que sus hijos sumaban más de veinticuatro, ya no tenía apetito.

Zana tenía sobrados motivos para estar a disgusto. En tiempo de querellas, cada una de las mujeres por separado se ocupaba de su descendencia y sus propios gastos, mientras que él apuraba el néctar de la vida regalada. Pero ahora eran ellas las que se regalaban y Zana el que se encrespaba contra este clima de paz.

Después de pedir consejo, encontró por fin la solución.

Con una gran sonrisa cruzando su rostro, Zana presentó a sus tres esposas a Aminata, la cuarta en discordia. Se quedó convencido de que su presencia desencadenaría un estallido en el seno de esta entente femenina, fuente de sus desdichas. Nada que ver. Aminata, la joven esposa, no hizo sino consolidar esta complicidad; y mejorarla, pues enseñaba a sus compañeras a leer y escribir...

Zana n'était plus un polygame heureux. Visiblement, il souffrait et sa détresse ne faisait qu'augmenter.

Depuis que ses trois femmes avaient fait la paix, il était devenu irascible. Désormais, une seule épouse préparait pour toute la large famille. Et, c'était lui, Zana, qui devait payer la popote. Comme ses enfants dépassaient vingt-quatre, il perdait l'appétit.

Zana avait raison d'être amer. En temps de querelles, c'était chaque femme qui s'occupait de sa progéniture à ses propres frais ; et Zana, de si-roter la vie. Mais maintenant, elles jubilaient, et lui, il s'aigrissait contre ce climat de paix.

Après conseil, il trouva enfin la solution.

Ce fut avec un grand sourire que Zana présenta à ses trois épouses, Aminata, leur nouvelle coépouse. Il demeurait convaincu que sa présence déclencherait une brisure au sein de cette union féminine, source de ses malheurs. Mais c'était tout autre. Aminata, la jeune épouse, avait plutôt consolidé cette complicité ; mieux, elle apprenait à ses coépouses à lire et à écrire...

Esta agua

Cette eau-là

Ziane Guedim

En algún lugar de África...

Se había perdido en el Sáhara. Sus miembros ya no le obedecían y deliraba; el agua, eso era todo lo que contaba para él...

Cuando le invadió la marea tibia y el primer trago entró en una oleada salobre por su tráquea, se dio cuenta de que su fin era inminente. No sufrió conmoción alguna, él, el nadador sin rival que, siendo adolescente, desafiaba el rumor de las grutas submarinas de su aldea costera. Si hubiera podido elegir, habría preferido que una bala le descerrajara el cráneo o que un tren lo hubiera arrollado. Claustrofóbico, el agua ahoga los gritos y se filtra por todos los intersticios, de donde expulsa el aire.

Nunca le dio miedo el agua. Nació dentro de ella. Pero esta agua difería de las demás en lo insidiosa y odiosa que era; tomándolo por una presa, paralizándolo. Robándole la agudeza de sus sentidos y la flexibilidad de sus músculos; excepto el de su corazón que se desgarraba por chapotear dentro de su pecho...

Lo agarraron por la nuca para levantarlo, atado de manos y pies. Estaba sentado en una silla, jadeando, y su barba erizada chorreaba agua. El pedazo de celofán que cubría su rostro calló en sus rodillas, y tragó una larga bocanada de aire que expulsó en un grito estridente.

El hombre de uniforme, cronómetro en mano, se dirigió a su subalterno:

—Un record, 99 segundos. ¡Tráeme al siguiente!

Quelque part en Afrique...

Il s'était égaré dans le Sahara. Ses membres ne l'obéissaient plus et il

délinait ; l'eau, c'est tout ce qui comptait pour lui...

Lorsque la marée tiède se déferla sur lui, et la première gorgée fit une coulée saumâtre dans sa trachée, il s'était rendu compte de sa fin imminente. Il n'a pas été pris de choc aucun, lui le nageur hors pair qui, adolescent, bravait la rumeur des grottes sous-marines dans son village côtier. S'il avait le choix, il aurait préféré qu'une balle lui fracasse le crâne ou qu'un train le happe. Claustrophobe, l'eau étouffe les cris et s'insinue dans tous les interstices, chassant l'air tout partout.

L'eau ne lui a jamais fait de la panique, il est né dedans. Or, cette eau-là diffère des autres en ceci qu'elle était insidieuse, haineuse ; elle le prenait pour cible, le paralysant. Lui ôtant l'acuité de ses sens et la souplesse de ses muscles ; hormis son cœur qui s'échinait à barboter dans sa poitrine...

On l'attrapa par la nuque et le releva. Mains et pieds ligotés, il était assis sur une chaise, haletant, et sa barbe hirsute dégoulinait d'eau. Un bout de cellophane qui voilait son visage tomba sur ses genoux. Il aspira une longue bouffée d'air puis l'expira en un cri strident.

L'homme en treillis, chrono en main, s'adressa à son subalterne :

—Un record, 99 secondes. Ramène-moi un autre !

Una tormenta de sol

Victoria Tur Gómez

Estábamos a unos 40 km de Harare. Cementerio de Norton. Éramos pocos, la verdad, unos 40. Y habría unos diez paraguas. Eran las 16.00 de la tarde y el sol era pesado. Aguantar ese calor no es fácil, pero esta gente está acostumbrada a todo. Toleran el frío y el calor con un estoicismo increíble que, el pasado 5 de enero, permitió a varios hombres posar el cadáver de Julius Chingono en el hoyo y cubrirlo con palas de tierra roja, con movimientos ágiles y enérgicos, bajo una auténtica tormenta de sol. El acto fue corto, muy poco emotivo. No había nadie del Gobierno, pocos compañeros, ningún medio de comunicación. Todo fue dicho en shona, de lo que se deduce que me enteré de bien poco. Me quedé estupefacta al comprobar que la viuda de uno de los mayores nombres de la poesía zimbabuense, con un dominio del idioma de Shakespeare que haría estremecerse a los académicos británicos si a alguno le interesara lo más mínimo la cultura zimbabuense, no fue capaz jamás de entender las poesías de su marido. La Sra. Chingono no habla ni una palabra de inglés. Julius tenía 65 años cuando murió el pasado sábado. Me llamaron la atención los nuevos vecinos de mi amigo. Hillary nació en el 83, Elsie en el 84 y Robert en el 85. Todos ellos, enterrados sin haber visto un cambio político en Zimbabue, sin saber que uno de los mayores genios de las letras zimbabuenses permanecerá para siempre a su lado.



FIRMA INVITADA · Patrice Nganang

Hablamos de uno de los grandes escritores contemporáneos del continente. Nacido en Yaoundé (Camerún) en 1970, estudió Literatura Comparada y es actualmente profesor en la Universidad de Shippenburg (Pennsylvania, EE.UU.) de alemán y francés, lengua empleada en la mayor parte de su obra de ficción.

Es autor de numerosas novelas, tales como: *La promesse des fleurs* (1997), *La joie de vivre* (2003) y *L'invention du beau regard* (2004). Su novela más aclamada, *Temps de Chien* (2001), obtuvo en el año de su publicación el Premio Marguerite Yourcenar, galardón dirigido a los escritores de habla francesa que viven en Estados Unidos, así como el Grand Prix Littéraire de l'Afrique Noire de 2002, un premio literario para los escritores líderes africanos de habla francesa.

Nganang ha intentado describir las áreas pobres de Yaoundé creando una literatura muy original en la que la tragedia y comedia se entremezclan con un colorido dominio del francés. Como erudito, el autor es también un reconocido especialista en literatura africana y colaborador habitual de varias revistas académicas de todo el mundo.

AL FIN Y AL CABO,
LA LITERATURA
BUSCA REUNIR A
LA GENTE Y HACER
QUE NUESTROS DÍAS
SEAN MÁS FELICES.
GRACIAS POR HACER
QUE PURORRELATO
SEA UNA REALIDAD

—Patrice Nganang

El pecho del diputado

Patrice Nganang

El diputado Ngassam Thaddée fue ejecutado en la plaza del Mercado de Bangangté. Era un 19 de noviembre de 1965. Su enfrentamiento con Djonga, a quien acusaba del asesinato de Joseph Mbeng, el amante de su esposa, se volvió contra él, aunque no salvara al alcalde de Bazou, que murió entre torturas. El alcalde le pedía que dijera simplemente por qué él, Denis Djonga, habría de matar a un hombre que estaba “en Yaundé con la mujer del diputado”. No siguió contando lo que el diputado quiso en ese momento callar.

—“¡No se tomarán esas calumnias en serio!”

Fochivé, el comisario que lo interrogaba, tenía la costumbre de tomarse muy en serio las palabras pronunciadas bajo tortura. Pero Djonga no podía seguir hablando tras las sesiones de columpio. Tosió como para decir una palabra; Fochivé acercó la oreja, pero el alcalde murió escupiendo en ella sangre y palabras inaudibles.

—“Nkwa”, ¡pero bueno, mira lo que dice!: “Nkwa”.

¿Por qué habría de matar a un Beti? Esa era la pregunta que todo el mundo se hacía justamente en Bangangté. Las consecuencias de esos actos eran siempre terribles; ¡Bamendjing, Nlohe, esos pogromos revanchistas! ¿Por qué habría de hacer eso? Djonga no tuvo fuerza para expresar sus convicciones, explicar sus certezas, formular las cláusulas de lo que entendía por coexistencia pacífica de las tribus en Camerún. Antes de morir, tosió varias veces, pero se tragó su argumentario en el vacío de aquella celda de Bafoussam donde el diputado fue a pedirle que hablara desde la cárcel.

La víctima perpetua no inicia la pelea, eso es lo que quería decir, “ahora bien, el Bamiléké es la víctima en Camerún”.

Su mirada se endureció frente a la de Ngassam Thaddée quien, al levantarse, se topó con los ojos enrojecidos de Fochivé. El policía había quedado convencido por las palabras silenciosas de Djonga.

—Un pueblo tan rico como el Bamileké no puede portarse como una víctima en este país —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

Y es que, siendo diputado por la circunscripción de Bangangté, hombre entre los más respetados de la región e incluso de Camerún por su obra de adhesión de los maquis, por su campaña para la extensión del *cadí*¹, Ngassam Thaddée quería ser considerado como la víctima en este asunto. Pero no podía nombrar la causa de su tormento, aunque Djonga hubiera hecho alusión a ello.

—¿Qué harías tú en mi lugar? —quería preguntar a Fochivé.

Y quería hablar de su mujer entre los brazos de Mbeng, quería hablarle de ese nkwa que dividía a su mujer en su ausencia, navegando sobre una alianza que creía posible entre “hijos del Oeste”.

—¡Ah! —quería gritar—, ¡se ha tirado a mi mujer!

Miraba a Fochivé y quería ver en él a un hombre, a un hermano.

—¿Me comprendes, verdad?

Pero Fochivé ni siquiera lo oía.

—¡Mi mujer!

Fochivé reflexionaba sobre lo que Djonga había dicho.

—¡A tchou yam menzui!

Fochivé no entendía el medumba.

Tenía entre sus manos la nota de Enoch Nkwayim, el ministro, que le daba consignas para “dirigir la ejecución pública del culpable, con el fin de reforzar su efecto psicológico sobre la población”. Y se dirigió a la plaza del Mercado donde fue llevado el diputado. El coronel Semengué, que se había desplazado para asistir al espectáculo, los esperaba allí. Los maquis que Fochivé había ordenado arrestar ya habían sido amarrados a los postes por los militares. Eran tres, cuenta la historia, y Ngassam Thaddée los reconoció. Después de todo, era él quien los había entregado.

—Hay cuatro postes —dijo a Fochivé, que masticaba un trozo de raíz, satisfecho por la muchedumbre que se había congregado.

—Sí —contestó Fochivé—, y cuatro ataúdes.

Ngassam Thaddée no tardó en distinguir los cuatro ataúdes que, abiertos, estaban colocados uno tras otro. Hizo rápidamente el cálculo macabro y llegó a una conclusión lógica.

—Falta alguien —dijo.

—En efecto —contestó Fochivé, y escupió un trozo de la raíz que masticaba—, en efecto.

Semengué hizo una señal con la cabeza y sonrió. En ese momen-

to, Ngassam Thaddée vio cómo sus propios guardias se acercaban a él y lo rodeaban.

—El cuarto condenado —le dijo tranquilamente Fochivé, y volvió a escupir un trozo de raíz—, eres tú, señor diputado.

Y así las manos de Ngassam Thaddée fueron atadas a su espalda por los soldados de Semengué, y fue conducido hacia el cuarto poste, dibujándose el escándalo en el rostro de la muchedumbre, que aún no lo había abandonado.

—Es Ngassam Thaddée —decía una mujer.

—No, es su gemelo.

—¡Es el diputado!

—No, es un doble.

Y los militares de Semengué apuntaron a los condenados.

—¡Esperen! —gritó Ngassam Thaddée—, he de decir algo.

Semengué se le acercó.

—¿Está aquí mi mujer? —preguntó el diputado, que llevaba mucho tiempo sin ver a su esposa, cuyo rostro había buscado entre la muchedumbre.

—Ha sido invitada —le dijeron— pero no ha aceptado venir.

—¿Por qué? —preguntó.

—Acaba de dar a luz —le contestaron.

—¿Niño o niña?

—Niña.

Ngassam Thaddée resopló.

—Quiero que venga aquí.

—Tiene que ocuparse de la niña —le dijo Semengué.

—No —contestó Ngassam Thaddée—, es para que ocupe mi lugar.

—¿Quién se ocupará entonces de la niña?

—Yo puedo ocuparme de mi hija —dijo, pero Semengué no comprendía a qué se refería con eso—. Tiene que ocupar mi lugar —insistió— porque puedo ocuparme de mi hija.

—¿Y dónde vas a encontrar la leche?

—La amamantaré con mi pecho.

Se desabrochó la camisa y enseñó su pecho—. Semengué se partía de risa. No cabe duda de que el coronel tenía la risa fácil.

—¿Tu pecho? —dijo.

Nadie se lo podía creer.

Un eco lejano

José Naranjo

El mercado de Badalabougou está lleno de arroyos y charcos. Las huellas que dejó la lluvia de hace dos días, cuando el cielo se abrió y nos robaron el sol, se resisten a irse: el aire fresco, los nubarrones, el agua. Allí hay un restaurante, La Senegalesa, un rincón donde comer thieboudienne a 600 francos y matar la nostalgia del wolof. Me gusta almorzar sentado en la puerta, observando a los niños que gritan “tubabu, tubabu” o a los adultos que se afanan en idas y venidas. El mercado de Badalabougou no cierra nunca y en él encuentras de todo, desde una mosquitera hasta un ventilador, una silla de cuerda o una escalera. El ferretero ya me conoce. Modibo, me llama. Yo paso y le saludo cada vez que me adentro en este mundo de cosas revueltas y arroyos y niños.

A pocos cientos de metros se encuentra un simpático maquis llamado Djigui Koro. Su propietario es Román, un francés que evoca con nostalgia sus años en Madrid, sus paseos por Malasaña, sus tapeos en las terrazas de Lavapiés. Junto a la ajada mesa de billar, las palabras vienen y van al ritmo de la salsa o el mbalax. En este lugar sin pretensiones, los susurros se imponen a los cantos. Cuando se va la luz, nos iluminan con velas para que las sombras bailen en las esquinas. Como por arte de magia, la cerveza suele estar fría. Aquí el ruido de la guerra no es sino un eco lejano.

En Bamako, la vida transita por estos rincones.

El Imperio del Sur

Dulcinea Tomás Cámara

Toda la familia contuvo los reproches al enterarse de las intenciones de Nkimi. Éste pretendía emprender una exploración al mítico reino de Venecia. Nadie sabía exactamente si aquella ciudad en ruinas albergaría poco más que moribundos y malhechores. Las últimas noticias apuntaban a la existencia de extraños rituales, pesadillas que ni los mejores cazadores de sueños de Ottawa lograban espantar.

—Si estás inquieto Nkimi, mañana sale un barco hacia Abijan. Allí te recibirá tu tío y tus primos, que siempre han cuidado bien de ti.

Nadie logró convencerlo de quedarse, ni siquiera su profesor más querido, un estudioso fang de lenguas muertas que desperdició toda la tarde en traducirle fragmentos de Dante para explicarle qué infernos le esperaban allí.

—Pura ficción —decía Nkimi, divertido.

—La ficción de un pueblo... Imagine un mundo en que Aquiles reemplaza a Sundiata. Si hubieran triunfado los cascos y las carabelas —y tembló con desprecio.

Pero Nkimi apenas sospechaba entonces que Europa era el cielo y el destiempo. Y en su paso por el Extremo Norte (un corredor seguro hacia el continente), lloró lágrimas de humo con los ojos manchados de aceite de ballena; allí escuchó la historia de la muerte del dios Baldr. Sólo entonces entendió algo sobre Europa.

(Diez años más tarde Islandia ha sido abandonada. Ya no queda ningún cosmógono a quien despojarle poesía).

El diente de oro o la segunda muerte de Samuel Dende

Enrique Muñoz López

El 22 de febrero de 2002, el indómito Jonas Savimbi murió maldiciendo al traidor Manuvakola en la aldea de Lacuçe, que ese día pasó de la ignorancia a los libros de historia. Los soldados del ejército gubernamental del Presidente Dos Santos quedaron perplejos. No fue, como hasta ahora se ha pensado, por haber dado caza al inaprensible comandante; tampoco porque con él murieran veinte de los suyos, los más fieles; ni siquiera porque entre los muertos destacara la melena rubia de un enorme león. Lo que de verdad volvió medio locos a los militares fue el diente de oro que, como un insulto, brillaba en la boca del animal. Samuel Dende, a quien en toda Angola, salvo en su Bié natal, apodaban Muerto, había conseguido, burlando las leyes de la morfología semántica, conjugar en primera persona el verbo remorir.

Aunque la guerra, después de más de cuarenta años, terminó aquel día, el soldado que arrancó el diente de oro de la boca del león no volvió a encontrar la paz.

Mama África, Perdóname

Mama Afrika, Forgive Me

Magdalena Krohn

Desde la sombra del flamboyán los veo llegar al lugar que Innocent y yo habíamos acordado. No lo puedo creer: ¡La mzungu que ha traído no parece una mzungu! Su piel es más oscura que las de las otras, como la del té mezclado con leche, y su pelo es corto y crespo. Tiene sangre de Mama África. Maldigo a Innocent. ¿En qué estaba pensando? No podemos robarle a una hermana. Estoy a punto de girarme para marcharme, pero la curiosidad me detiene.

Se sientan en la arena con el Lago Malawi y las montañas azules de Mozambique a la vista. La chica se quita su kitenge para quedarse en un escaso bikini.

‘¡No puedo creerme que esté por fin en África!’, dice, lo suficientemente alto para que yo la oiga. Saca de su bolso una cámara con una gran lente. ‘¿Te importa? Es para mi blog’. Enfoca a Innocent que abre una boca poblada de blancos dientes. Innocent es un tonto, pero sabe como engatusar a estas bienhechoras que vienen a Malawi para su experiencia africana.

Bajan caminando al lago. Me levanto. Tendremos que ir hasta Lilongwe para vender la cámara, pero merecerá la pena. Espero hasta que el agua les llega al pecho para dejar la sombra del árbol y camino despreocupadamente hasta donde han dejado sus cosas para recoger el bolso. Cuando miro al lago, la mzungu me está mirando, con una descuidada inocencia asomando en su rostro. Le devuelvo la mirada por un instante. Ésta es mi África, hermana. Me giro y vuelvo a las sombras. Mama África, perdóname.

From the shade of the flame tree I watch them arrive at the spot Innocent and I agreed on. I am shocked. The mzungu he has brought is hardly a mzungu at all! Her skin is darker than the others', like tea with milk, and her hair is short and frizzy. She has Mama Afrika's blood. I curse Innocent. What was he thinking? We cannot steal from a sister. I almost turn to leave but curiosity stops me.

They sit down on the sand, with Lake Malawi and the blue mountains of Mozambique in front of them. The girl removes her chitenje wrap to reveal a skimpy bikini.

'I can't believe I'm finally in Africa!' she says, loud enough for me to hear. She takes a camera with a big lens out of her bag. 'Do you mind? It's for my blog.' She points it at Innocent, who stretches his lips into a gap-toothed grin. Innocent is a fool but he knows how to charm these dogooders who come to Malawi for their African experience.

They walk down to the water. I stand up. We'll have to go to Lilongwe to sell that camera, but it will be worth it. I wait until they are chest-deep before leaving the shade, then stroll casually down to where they left their things and scoop up the bag. When I glance up at the lake, the mzungu is looking at me, the carefree innocence drained from her face. I stare back for a moment. This is my Africa, sister. I turn and walk back into the shadows. Mama Afrika, forgive me.

700 hombres

Fernando Pérez Ramírez

Un canto melancólico de hombres acuclillados en corro mientras decidido mi naufragio. Un vaivén tranquilo y plácido de mar en calma. El graznido lejano, hacia estribor, de un albatros solitario. Y en mis entrañas 700 hombres encadenados, apilados como sacos. 700 hombres y mujeres jóvenes, sanos, fuertes, aptos para el trabajo duro en la mina o la plantación.

Al Brasil. Yo surco el atlántico rumbo al Brasil.

Todos mis pasajeros ruegan a algún dios. Los menos, por el buen fin de su empresa; los más, por el milagro de la libertad y el pronto regreso. Los hombres se adormecen con tiernas engañifas: no hay dioses, nunca los hubo. Y si los hay deben ser ciegos y sordos.

Al Brasil. Yo navego hacia un nuevo mundo.

Una mujer llora por su hijo. El chico se desvaneció de pronto y un par de guardias intentaron levantarlo a palos. La negra llora desconsolada por el que no volverá. No sabe que el niño está muerto y hace ya un largo rato que su cadáver fue arrojado por la borda.

¡Qué larga estela la que dejo tras de mí en el mar, rumbo a la costa! Diríase que África toda se está desangrando.

De ordinario soy ajeno a pasiones y sentimientos humanos. Pero cargar con tanta desdicha, con tanto dolor, hoy me abruma.

En corro un grupo de esclavos canta melancólicamente y yo he decidido mi naufragio. Comienzo a hundirme lenta, serenamente. Hacia occidente, también moroso, el sol se pone.

La cosecha

Violeta

Aba despierta. Escucha el suave ritmo del tambor.

Tam Tam. Es la hora.

Coge a su pequeño Amar y se dirige hacia el antiguo arcón de su habitación. A través de la angosta cerradura brillan cuatro piedras ancestrales resguardadas de miradas vecinas. Su tesoro. Su luz. La sabiduría.

Los ojos oscuros de la joven africana delatan su duda y temor. Se apresura a cerrar las ventanas para que nadie observe su ritual. Solo en ese instante respira tranquila y acuna a su hijo entre palabras, susurros y una suave melodía africana. Duerme pequeño, duerme.

Tam Tam. Es la hora.

Las cuatro piedras giran sobre la arena levantando graciosos y diminutos granos de tierra que anuncian el final de la estación de las lluvias. Aba lo sabe. Ha llegado la hora.

Los ribetes serpenteados de la roca azulada se van desvaneciendo cada vez más deprisa. No habrá más diluvios.

El ámbar brillante del segundo canto revela la naturaleza completa de los campos. La tonalidad parda del tercer guijarro augura buenas cosechas de mandioca y camote.

Falta la cuarta. Aba cierra los ojos y respira. Los abre.

Un pequeño rayo de luz se refleja sobre la última de las piedras.

Esmeralda. El glauco pigmento de la esperanza proclama abundancia. Aba sonrío. Guarda los minerales de la sabiduría en el viejo arcón y sale de la habitación.

Suena el tambor. Tam Tam. Aba camina hacia su pequeña huerta.

Es la hora.

Las mil lenguas de fuego

Jesús de Marcos

En el África del Sahel los primeros rayos de sol son de un amarillo intenso, onírico, que supera con creces todo lo que haya podido ver o imaginar un europeo.

Desde la terraza del viejo edificio colonial –ahora transformado en hotel– puedo oler el té moruno y los dátiles que servirán de sustento a las caravanas de viajeros.

La ciudad fue levantada sobre una tierra baldía e inhóspita, bajo una premisa: “no poseemos la tierra, la habitamos”. Miles de chozas de adobe se extienden hasta donde alcanza la vista. Su aparente caos desconcierta al viajero, sin embargo, todo aquí –incluso el caos–, guarda un orden natural y reconocible para sus gentes.

Bautizada como *la ciudad de las mil lenguas de fuego* –por las vigorosas dunas que la rodean–, Bakatu fue destino habitual de comerciantes de sal y expatriados de la metrópoli, así como refugio de bandidos y contrabandistas.

Las calles sin asfaltar, la polvareda levantada por los jeeps y las charlas pausadas a la sombra de un café, se entremezclan con la memoria y el recuerdo, con la retórica circular del marchante y el timador.

La antigua capital de la colonia vuelve a la vida, y el día se anuncia caluroso. En el horizonte vislumbro las dunas que la rodean. Aún vivas y desafiantes, como la vieja historia del mercader y el esclavo, la historia del tiempo, que aniquila poco a poco las cadenas, todas, salvo las de la memoria.



FIRMA INVITADA · Berbel

Poeta, narradora y pintora, directora y guionista de cine, ilustradora, ceramista y fotógrafa, Berbel es además licenciada en Filosofía y Letras. Fue miembro del equipo de redacción de la revista del CIC *La Plazuela de Las Letras* durante sus diez años de existencia y pertenece a la Asociación de Escritores Canarios Le Canariens.

Se considera alumna de la Escuela “Luján Pérez” y es miembro colaborador de la Sala Canaria de la Biblioteca Nacional “José Martí” de la Habana (Cuba). Participa en revistas culturales y en prensa tanto nacional como extranjera. Antologada en varios textos de autores canarios, españoles y extranjeros, su obra ha sido traducida a varias lenguas. Tiene varios premios internacionales y ha participado en congresos y talleres literarios y artísticos.

Ha publicado una veintena de poemarios, relatos y ensayos, entre los que destacan *La Grecia que hay en mí* (1999), *Las mil y una* (2005), *Los desiertos extraños* (2006), *Código de barras* (2008), *Madrid en los poetas canarios* (2010), *Fly Poems* (2012), *Fuga de relatos* (2012) y *Ciento volando* (2013).

EN MEDIO DE UN PLANETA SINGULAR TEJO
MI TRAMA CADA DÍA,
DESEANDO CONSTRUIR Y ENTREGAR
EL UNIVERSO DE UN
SOLO GRANO DE
ARENA.

—Berbel

África

Berbel

Y así me vi hablando sola en aquella inmensidad: África, la piel de mi memoria.

Me dije: ¿Has leído algo de Amadou Koumba? ¿Sabes algo de Raquel Ilombe o de Olo Mibuy? Maplal Lobocho es de Guinea y Birago Diop de Senegal. Quimbú coge la serpiente de las ramas. M'Bott el sapo de las aguas oscuras. N'Dené come fruta y Nsang sólo miel, se ríe mucho. El sol y la luna conocen a Changó. Kiowa pinta sus manos y el cuerpo está quieto. La vida late en los brazos de sus hijos y el reptil alarga su lengua en la tierra reseca. El río Lokondje arrastra la desventura pero los labios tienen alas y la palabra camina al viento de otra gente que escucha. Boneke hace filigranas de boabab y las manos se llenan de moscas verdes y pesadas. Todos los animales recorren mis venas y la vegetación toda respira por mis pulmones.

Yo, extraña, preparo la lanza que me diera mi padre, que le diera mi abuelo, que le diera el tiempo antiguo y la quiebra a la orilla del agua.

Todos escriben mi Lengua siglo tras siglo —me digo—. Y mis palabras el espíritu de todo es.

El día que volvió el monzón

Junio

El día anterior estrenó nueva vida. La casa es grande, la familia amable, la cama suave, pero el sueño no llega. Recuerda la voz de su padre: “Apóyate en Obbtalá porque él cuidará de tus pensamientos y no te fíes del tiempo, porque el tiempo es mentiroso y se lleva los recuerdos”. Ahora su cuerpo es más fuerte, pero su corazón es el mismo y cuando lo escucha vuelve a casa. Durante la noche se ha acostumbrado a los nuevos sonidos y los ha convertido en amigos: “Cierra los ojos y escucha. Que todo te llegue primero por el oído. Luego aspira el aire y deja que el espíritu de las cosas te penetre. La verdad viene siempre por la música del río y el susurro de los árboles. Sólo entonces abre los ojos y mira. Y nunca creas del todo lo que ves”. Amanece y está desconcertada. Algo golpea el techo. Cierra los párpados y abre las aletas de su nariz. El olor es agradable y el sonido acariciador. De un salto alcanza la ventana. Hay gotas apretadas en el cristal. ¿De dónde vienen?. Saca los brazos y deja que se pierdan en su piel. Alguien pronuncia su nombre, quiere apartarla de allí: “¡te vas a empar!” Pero no puede moverse. Durante años oyó a los viejos decir que el monzón volvería y eso significaría que los había perdonado. “Qué pena, la lluvia nos ha estropeado el día”, oye decir. Y llora mientras suplica al Monzón que ponga rumbo a su tierra, donde siempre es bienvenido.

Rencor

Rancune

Yeo de *Fanidianhoua*

Abdoulaye es un excelente instrumentista. Él solo, con su tamborín calzado debajo del brazo izquierdo, hacía maravillas. ¡Cuántos bautizos alegres! ¡Cuántos cumpleaños celebrados! Sin contar las bodas y otras ceremonias. Su fama era grandiosa.

Y, sin embargo, Abdoulaye tenía un defecto: no le gustaban los perros. No se sabía el origen de esta aversión, pero su odio por restos carnívoros era abrasador. A la menor ocasión les tiraba piedras, los perseguía, les rompía las patas; e, incluso, los mataba. Y esto pocos lo sabían.

La aldea de Tioro se preparaba para recibir al presidente de la República. Era algo inusitado en la región. Se confió la animación del evento a Abdoulaye, quien hizo cambiar la piel de su tamborín para la ocasión.

El presidente había llegado. Abdoulaye se levantó orgulloso, suyo era el honor del momento. Pero al primer golpe de la baqueta, el tamborín se desgarró.

Decepcionado y humillado, Abdoulaye ignoraba que esta vez su tamborín había sido cubierto no con la piel de una vaca, sino con la de un perro.

Abdoulaye est un excellent instrumentiste. A lui seul, avec son tambourin coince sous l'aisselle gauche, il faisait des merveilles. Que de baptêmes animés ! Que d'anniversaires célébrés ! Sans compter les mariages et autres cérémonies. Sa renommée était si grandiose.

Cependant, Abdoulaye avait un défaut. Il n'aimait pas les chiens. On ne connaissait pas l'origine de cette aversion, mais sa haine pour ces

carnivores était bien vivante. A la moindre occasion, il les lapidait, les chassait, cassait des pattes ; et même, en tuait. Cela, peu de gens le savait.

Le village de Tioro se préparait à accueillir le président de la république. C'était une première dans la région. On confia l'animation à Abdoulaye. Pour la circonstance, il avait fait renouveler la peau de son tambourin.

Le président était là. Abdoulaye se leva fièrement. Il avait l'honneur. Au premier coup de baguette, le tambourin se perça.

Déçu et humilié, Abdoulaye ignorait que cette fois-ci, son tambourin avait été recouvert de peau de chien et non de bœuf.

La Duda Le Doute

Kouame Khan

—¡Párate, Dirahm! Aún podemos volver sobre nuestros pasos. El país no nos ha rechazado. No es lo que creíamos.

—Te entiendo, Moussa, pero no puedo regresar. No en estas condiciones. No sin haber hecho fortuna para sacar a madre de la miseria en la que vive en la aldea.

Ese día, Moussa y Dirahm estaban a punto de dar el último paso. Delante de esa mar inmensa, con sus aguas y sus olas que caían de todas partes, la duda había ganado la partida dentro de uno de los dos candidatos a la inmigración clandestina hacia Bengué, el país donde todo el mundo es rico. Sin embargo, no todo había sucedido como tenían pensado. El viaje por los países del interior fue muy duro. El clima desértico no les concedió tregua alguna y les habían quitado todos sus bienes para llegar allí. Allí, dejando tras de sí el calor humano y la alegría de vivir por un bien ilusorio. El recuerdo de las conversaciones a la luz de la luna se avivaba dentro de ellos. La idea de lanzarse a ese desconocido, ¿valía realmente la pena? Delante de esa embarcación de miseria que el barquero les proponía, la duda se había instalado realmente en su conciencia.

La mirada del recuerdo perdida en su bello país que querían obligadamente abandonar por la incertidumbre del frío más allá del Atlántico.

—¡Dirahm, la vergüenza no mata! ¡Volvamos a Abiyán!

—*Arrête Dirahm ! On peut encore retourner sur nos pas. Le pays ne nous a pas rejetés. Ce n'est pas ce qu'on croyait.*

—*Moussa ! je te comprends mais je ne peux pas retourner, pas dans*

ces conditions, pas sans avoir fait fortune pour sortir maman de la misère où elle se trouve au village.

Ce jour-là, Moussa et Dirahm étaient sur le point de l'ultime décision. Devant ce bord de mer immense, avec ces flots et ces vagues qui chutaient de toutes parts, le doute avait fini par gagner l'un des deux jeunes hommes, candidats à l'immigration clandestine vers Bengué le pays où tout le monde est riche. Cependant, tout ne s'était pas passé comme ils l'avaient pensé. Le voyage vers les pays de l'hinterland fut très rude. Le climat désertique ne leur a point fait de cadeau. Ils ont été dépouillés de tous leurs biens pour en arriver là ; laissant derrière eux la chaleur humaine et la joie de vivre pour un bonheur illusoire. Le souvenir des causeries au clair de lune devint vivace. L'idée de s'engager dans cet inconnu valait-elle vraiment la peine ? Devant cette embarcation de misère que le passeur leur proposait, le doute s'était vraiment installé en maître dans leur esprit.

Le regard perdu dans leurs souvenirs, ceux du beau pays qu'ils voulaient forcément abandonner pour l'incertitude du froid d'outre atlantique.

—Dirahm, la honte ne tue pas! Rentrons à Abidjan!

Corazón a corazón

Cœur a cœur

Ange-Dieudonné Tiangbo

Hacía frío y se dio prisa en entrar. Al girar una sombría calleja lo vio. Las piernas dobladas, las manos sobre el pecho, el viejo yacía en el mismo suelo. Temblaba. Tenía frío. El joven lo miró por un largo tiempo. Enfermero, sabía que el viejo agonizaba. En unos instantes su aliento se pararía para siempre. Sin embargo, el joven se quitó su abrigo y lo tomó en sus brazos. Lo abrazó firmemente. El viejo se iría en una ola de calor. Estaba decidido.

Su aliento de borracho no le asqueaba. Al contrario. El joven lo apretó tan fuerte contra su pecho que sintió su viejo corazón latir contra su propio pecho. En ese ritmo cardíaco, percibía sonidos, melodías que le llevaban lejos. Vio hombres trabajar, pescar; chicas jóvenes bailando, cantando. Las montañas, las colinas, los ríos... suntuosos paisajes de África desfilaban ante sus ojos. El Sol brillaba, sus rayos le sumergían.

Finalmente el viejo entregó su alma. Con ella, desapareció el sortilegio del joven. Decían que cada africano guardaba en sí un poco de África. Ahora Mikkaël estaba seguro. El corazón del viejo le hizo viajar hasta allí. En un instante olvidó el rudo invierno de Moscú. Sentía el calor de África dentro de él, rodeándole. ¡Esa África que quería conocer!

Il faisait froid. Il se dépêchait de rentrer. Au détour d'une ruelle sombre, il l'aperçut. Les jambes pliées, les mains sur la poitrine, le vieil homme gisait à même le sol. Il tremblait. Il avait froid. Le jeune homme le fixa longtemps. Infirmier, il savait que le vieillard agonisait. Quelques instants et son souffle s'en irait pour toujours. Pourtant le jeune homme

retira son manteau et le prit dans ses bras. Il le serra fort. Le vieil homme partira sur une vague de chaleur. C'était décidé.

Son haleine fétide de clochard ne le repoussait pas. Bien au contraire. Le jeune homme le tint si fort contre lui, qu'il sentit son vieux cœur battre contre sa jeune poitrine. Dans ce rythme cardiaque, il percevait des sons, des mélodies qui le transportèrent loin. Il vit des hommes labourer, pêcher ; des jeunes filles danser, chanter. Des montagnes, des collines, des rivières... de somptueux paysages défilaient devant ses yeux. Le soleil brillait, ses rayons le submergeaient.

Enfin, le clochard rendit l'âme. Avec elle, avait disparu l'enchantement du jeune homme. On disait que chaque africain gardait en lui, un peu de l'Afrique. Eh bien, maintenant Mikkaël en était sûr. Le cœur du vieil africain le fit voyager jusqu'en Afrique. Le temps d'un instant, il oublia le rude hiver de Moscou. La chaleur de l'Afrique, il la sentit en lui, autour de lui. Cette Afrique là, il voulut la connaître !

Bonaí

Tirsa

Bonaí, sangre caliente del Viejo Continente, mujer bella como el ébano. Dulzura andante apreciada por la sabiduría que reboza su alma.

Mis días cambiaron al conocerla. Compartimos sueños, miedos, pasiones, dudas y deseos. Y viajé, cada día a su lado, viajé.

Bonaí la hiladora, la narradora, la madre de los cuentos, la que crea y sana creando. Bonaí, la dulce mujer de pelos alborotados, la que despierta a las almas con cantos susurrados.

Mi pedacito de África andante. Risueña cuando está enamorada, feroz como una leona cuando se siente traicionada. Bonaí, la dama de las noches oscuras y la de la luz del alba. La que sabe porque sí, porque lleva dentro la experiencia y la sabiduría de todo un continente, de toda una vida. Su vida, su historia y la de sus ancestros.

Bonaí, la africana, la bella mestiza, la que te trasporta a los sueños y te devuelve a la vida aún más bella, más rica.

Bonaí, la esperada, la deseada, la que a través de sus dulces palabras me ayudó a recordar el canto de mi alma.

La otra aventura

Cauribe

Aquel hombrecillo estaba perdido en medio de la selva africana, de pronto se sintió aterrorizado con el rugido de ese enorme león que abría sus fauces para devorarlo; inexplicablemente el felino se asustó y huyó de allí. Queriendo protegerse, decidió caminar por la orilla del pantano, pero se encontró frente a frente con un enorme cocodrilo que amenazante abría y cerraba sus mandíbulas; para sorpresa del frágil aventurero el lagarto también huyó despavorido. Aún sorprendido intentó trepar a un árbol, y cual sería el susto cuando agarró con sus manos el cuerpo de una enorme serpiente que inmediatamente intentó enroscarse alrededor de su cuerpo; lo raro es que la pitón cayó al vacío y serpenteó atemorizada abandonando el lugar. Entonces apareció aquel enorme gorila con ojos destellantes, furioso y con actitud dominante, el mono intentó golpearlo y morderlo, pero no logró hacerlo; lo que si pudo fue trepar como un rayo hasta la copa del árbol y perderse en la espesura de la selva.

El hombrecillo sintió entonces que nada malo podría pasarle, se sintió invencible; experimentó que podía volar, que podía dominar las sensaciones, ir de un lado a otro en un solo instante, que todo alrededor era suyo y que era parte de ello.

Finalmente descubrió la verdad, cuando se acercó a un manantial cristalino y ni siquiera pudo ver su reflejo en el agua.

Lord Harrington

Antonio Arias

Ocurrió en el siglo de los grandes exploradores. En los días de Stanley, Livingston y muchos otros que consiguieron la inmortalidad descubriendo rutas, ríos y exóticos frutos en el vasto continente africano. Todo de gran utilidad económica y científica para la humanidad.

Lord Harrington fue uno de ellos y, aunque sin un lugar en la historia, les aseguro que los suyos fueron los más importantes hallazgos. Él descubrió, por ejemplo, por qué las gentes de aquellos parajes nunca perdían la sonrisa; y las razones por la que respetaban tanto a sus mayores, uso ya perdido en otras latitudes. Fue Harrington el único occidental en conocer el profundo y sagrado significado de la palabra “aldea” y, según sus desaparecidas memorias, solo a él le “fueron revelados secretos vetados al hombre blanco; y le fueron mostradas maravillas celosamente guardadas, más allá de los magníficos paisajes y amaneceres al alcance de todos”.

Lamentablemente, a su vuelta nadie asistió nunca a sus charlas y ninguna sociedad científica quiso publicar sus controvertidos escritos. Y su legado se perdió. Todos lo perdimos.

Pero otros no olvidan, y ya hace generaciones que las madres de cierta tribu han sumado otro nombre a los clásicos T’humbé, G’fassi, o N’dhor que ponen a sus hijos al nacer. La magia de esos lares hace que cada nombre tenga un significado; y Ja’rthon quiere decir “amigo lejano”.

FIRMA INVITADA · Justo Bolekia Boleká

El profesor guineoecuadoriano Justo Bolekia ha estudiado la relación que existe entre el poder y las lenguas, sobre todo cuando estas se utilizan como instrumento de dominio.

Nace en Santiago de Baney, provincia de Bioko (Guinea Ecuatorial). Se doctora en Filología Moderna-Francesa en 1986 por la Universidad Complutense de Madrid y desde 2007 es doctor por la Universidad de Salamanca y Premio Extraordinario de Doctorado de esta misma institución.

Fue director de la Escuela Universitaria de Educación y Turismo de la Universidad de Salamanca en Ávila y actualmente es catedrático del Departamento de Filología Francesa de la Universidad de Salamanca.

Ha publicado numerosos libros de ensayo y poesía, entre los que se encuentran *Narraciones bubis* (1994), *Löbëla* (1999), *Lenguas y poder en África* (2001), *Aproximación a la historia de Guinea Ecuatorial* (2003), *Las reposadas imágenes de antaño* (2008), *Lingüística bantú a través del bubi* (2008), *Diccionario bilingüe bubi-español* (2009) o *Los callados anhelos de una vida* (2012).

PARA UN AFRICANO
QUE HA ASUMIDO SU
HISPANIDAD, ESCRIBIR
SE CONVIERTE EN UNA LEY DE VIDA.
Y EN ESE TRAYECTO
PUEDE ABARCAR
ESTILOS DIFERENTES.
UNO DE ELLOS ES EL
MICRORRELATO

—Justo Bolekia Boleká



El secreto del lenguaje

Justo Bolekia Boleká

—Ningún hombre debe saltar tus piernas —dijo BulawÉsa'á a su hija Rěhá— porque te quedarías embarazada.

Y se fue. Siete meses después regresó BulawÉsa'á y encontró a Rěhá encinta.

—Ningún hombre saltó mis piernas, madre.

Tan cerca, tan lejos

Heliostro Ayala Díaz

En el patio arenado de la escuela, la maestra les explicaba en qué consistía el programa. Los mayores, los ya viajados, intervenían a su requerimiento para ratificar lo que ella contaba.

Nunca había ido más allá de aquellas jaimas. La hamada había sido su hábitat de siempre. Ahora viajaría a unas islas que estaban extrañamente cerca y lejos a la vez.

Las primeras semanas fueron duras, todo le era extraño, no entendía nada, ni era capaz de hacerse entender. Las sensaciones le desbordaban, nada era como había imaginado.

La familia que le acogió en Gran Canaria le llevó a ver el mar, a partir de ese día, todo fue mejor. En sus viajes, durante cuatro años, cuando sentía la nostalgia de casa, pisar la arena de Las Canteras le traía hasta sus pies las dunas de Smara.

Aprendió mucho mejor el castellano. Supo que más allá del destino está la voluntad y la solidaridad humana. Vivió ocho meses de su vida la experiencia de no faltarle de nada. Comprendió el término justicia.

La que sería para siempre su otra familia, vivía en Plazoleta de Perón. Desde el balcón de la casa, siempre vio aquella fachada inconclusa. La noche antes de su último regreso, lo hicieron. Bajaron con sigilo, y en la fachada de Casa África, donde estaban las demás banderas, colgaron la que faltaba. Abrazados, supieron que al fin se había hecho justicia. Ahora sí era la casa de todos.

Los olores del recuerdo

Wladimir Iegoruska

“La tierra en mi garganta. El polvo amortajándose todo el cuerpo y un intenso aroma a chatarra”.

—¿Y antes? ¿Algún recuerdo de antes del accidente?

“La ausencia de aire, olores apretados en la furgoneta que nos llevaba a la obra... Los recuerdos del hambre, el olor del camino recorrido en los bajos de un camión y la sal del mar cruzando el estrecho”.

—¿Tienes recuerdos anteriores? ¿Recuerdos alegres?

Demetrio fija pupila en el doctor y aspira todo el aire que cabe en sus cansados pulmones. Evocando recuerdos en blanco y negro, que conforman las páginas del libro de su vida, por un momento puede verse a sí mismo en Senegal.

“Recuerdo el olor a cilantro y clavo. No puedo olvidar el de la pimienta y el jengibre. Todo huele a pimientos, ajos y nuez moscada”.

Los recuerdos viajan a lomos de aromas que provocan en las tripas ese regusto del cordero con cuscús que tanto añora. Y es en ese momento cuando Demetrio, con la mirada perdida y sumergida en un mar de lágrimas, habla por última vez...

“Pero soy incapaz de recordar el olor de las hojas de albahaca. ¿A qué huele la albahaca?”

Aún hoy, casi cuarenta hojas de almanaque después del accidente, aromas frescos recorren los pasillos de la planta siete del hospital provincial para evitar que nadie pueda olvidar a Demetrio y su historia envuelta en albahaca.

La misma, me refiero a la historia, de aquellos que carecen de apellido.

Al otro lado

ARUKOL

Abdou llegó a la cafetería empapado en sudor. Estaba acostumbrado al calor, su aldea en el centro de Senegal superaba en muchas ocasiones los 30 grados de aquel día y, sin embargo, allí no le costaba respirar tanto como en Madrid. En los dos años que llevaba recorriendo sus calles no había conseguido aclimatarse al tráfico, los edificios y el ruido de la ciudad. Tampoco había conseguido acostumbrarse al sudor frío que le recorría el cuerpo cada vez que la veía. Era la hija del jefe, el mismo que lo había hecho todo para conseguirle papeles y un puesto de camarero en su negocio cuando nadie quería ayudarlo y al que ahora sentía estar traicionando por observarla desde el otro lado de la barra. Ella era soul, canela y unos ojos verdes enormes. Era pequeña. Y muy hermosa. Adoraba a su padre más incluso de lo que él adoraba al suyo y sonreía tanto como vio hacérselo a su propia madre antes de que muriera allí en Senegal. La quería, pero nunca se atrevería a decírselo.

Aquel día Abdou sudaba más que nunca. Estaban a finales de junio y todavía le quedaba todo el verano por delante. Ella apareció a la hora de siempre. Traía una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos que Abdou no se atrevió a mirar. Entonces ella se acercó y cuando pensó que pasaría de largo hacia el baño, como ocurría todos los días, hizo una pausa ante él, le rozó la mano y susurró “yo también”.

Cambio de marea

Esperanza Suárez

Domingo se sentó en la arena de la playa alejado de la orilla pero con la vista clavada en el horizonte. Últimamente pensaba mucho en su padre. Había trabajado en El Aaiún muchos años y sabía que ese lugar estaba justo frente a él, hacia el este, en línea recta. El viento le hizo volver la cabeza y se encontró de pronto mirando a su desconcertante realidad a la cara. El cayuco de vivos colores se erguía orgulloso entre las barquillas de pesca artesanal varadas cerca del espigón. Nadie había tenido el valor de moverlo de allí. Era un símbolo de demasiadas cosas. Cosas grandes, inexplicables y tremendas. Le vino a la mente entonces el relato de unos periodistas que habían visitado Senegal siguiendo la estela trágica de una patera, pero su memoria se negaba a reproducir el drama del que le hablaron y sólo conseguía recordar que uno de ellos contó que los mangos abundaban y que la gente era amable. Senegal quedaba mucho más al sur, pero la corriente oceánica de Canarias seguía ese mismo rumbo. Tal vez con buen tiempo y un poco de gasoil el abandonado cayuco podría llevarlo hasta allí. Habría llegado más lejos que el viejo y éste probablemente se sentiría orgulloso aunque acabara recogiendo mangos o limpiando pescado. La única certeza era que no se veía capaz de soportar un día más de playa.

El camino de Hamid

Valjean

A las seis de la mañana, Hamid recorría, como cada día, los diez kilómetros que separaban su casa del pozo de agua más cercano. Cargaba su garrafa de cinco litros y regresaba caminando lentamente hacia su hogar.

Pero una mañana, Hamid no regresó. Sus padres, sus abuelos, sus tíos, sus siete hermanos..., todos salieron en su busca, recorriendo el mismo camino que el joven Hamid debía haber realizado. Le llamaron, gritaron su nombre, buscaron detrás de cada duna..., pero Hamid no apareció.

No lo encontraron. Hamid desapareció en aquel vasto desierto, se esfumó entre el polvo de aquellas dunas. Hamid no volvió jamás.

Hoy, Hamid empuña un AK-47, forma parte de las milicias de Sierra Leona y, a sus diez años, siente que toda su vida es sólo un largo camino equivocado.

Pistas, pistas

V. Proaño

Los acordes de la guitarra de Ali Farka Touré le recibieron al entrar en su apartamento. “Buena pista”, pensó. Su mujer danzaba por la cocina con un ajustado vestido con motivos de leopardo mientras la canción *Diaraby* sonaba a todo volumen en el equipo de música. Cuando le vio, ella le besó y le pidió que esperara en el salón hasta que terminara de preparar la cena. En realidad, aquella noche le tocaba cocinar a él pero ella había insistido en hacerlo el día anterior.

Fue hasta su dormitorio y se cambió de ropa. Sobre la cama vio el ejemplar de la novela *Segu* de Maryse Condé que su esposa había comenzado a leer aquella semana. “Otra pista”. En el salón la televisión ya estaba encendida. Se repantigó en el sofá y se tragó el documental sobre los impalas, unos animales que él habría confundido con meras gacelas si la voz en off no le hubiera sacado de su error. También captó aquella otra pista que su mujer le dejaba.

Ella apareció entonces con una bandeja que colocó sobre la mesita de cristal.

—Ya sé adónde iremos de vacaciones —dijo él mientras degustaba el ragú de pescado.

Sin duda, la pista más deliciosa. Su mujer esperó. Este año le tocaba a él elegir dónde veranearían.

—¿Qué tal... —propuso él con tono casual— África? Ella le dedicó una gran sonrisa y sacó de su bolso varios folletos con destinos al continente negro. Desde luego, su mujer no era nada sutil, pensó riendo.

Á-F-R-I-C-A

V. Proaño

Era el campeón de los crucigramas. No pasaba un día sin que no resolviera uno. Sin embargo, aquella soleada mañana de julio tenía esa última entrada todavía sin rellenar. Eran tan solo seis casillas en blanco que no podía adivinar por más que leyera y relejera la pista.

Desesperado, le dio vueltas durante horas al enigmático enunciado con el que no atinaba. Repasó mentalmente todo el extenso conocimiento que había ido acumulando durante años pero no encontró nada que se ajustara a aquellas infernales seis casillas. No sabía resolverlo, reconoció finalmente para su consternación.

¿Qué era aquello tan misterioso que escapaba de su amplio bagaje? ¿Qué se escondía en aquellas seis enigmáticas letras? ¿QUÉ?, se preguntó con los nervios destrozados.

Y por primera vez desde que podía recordar, fue a las últimas páginas del periódico y buscó la solución: Á-F-R-I-C-A. Durante mucho rato se quedó mirando la palabra en silencio, meditabundo. ¿Cómo había podido fallar aquello? África, por Dios, uno de los continentes del mundo. África, que... que, bueno, que estaba debajo de España y donde hacía mucho calor y había animales salvajes por todas partes... ¿o no?

Y entonces, para su sorpresa, se encontró con multitud de preguntas sobre aquella tierra olvidada para las que no tenía respuesta. Sin más demora, dejó el periódico a un lado, encendió su ordenador y escribió en el buscador: África.

El orgullo del león

Alby Ojeda Cruz

En un tiempo anterior al hombre, el león gobernaba sobre todos los animales. Caminaba por la sabana con porte orgulloso, sabiendo que ningún animal superaría su portentosa fuerza ni su atronador rugido.

Pero ocurrió que llegó el tiempo de tormenta y con él las interminables lluvias. Los animales buscaron refugio bajo un baobab milenario, para evitar empaparse por la lluvia. Cuando llegó el altivo león, exigiendo el mejor lugar bajo el gigantesco árbol, un viejo mono contestó:

—Lo siento, Majestad, pero está reservado para el León de las nubes. Su rugido retumba por toda la sabana.

El león guardó silencio.

—No oigo nada, sólo la lluvia y el trueno.

Sonriendo al saber que su argucia tendría éxito, el mono contestó:

—No, Majestad, el trueno es su rugido y dice que no podéis compararos con él.

La ira explotó ferozmente a través de su garganta.

—Es inútil. Desde aquí no podrá escucharos.

El león clavó furiosamente sus garras en la corteza y subió hasta la copa del viejo árbol. Desde lo alto, rugió a la tormenta durante horas, contestando al trueno y al relámpago con cada temblor del cielo.

Hasta que ocurrió lo inevitable. El cielo respondió sus rugidos con el azote de un rayo que lanzó su cuerpo en llamas a los pies del árbol.

Y así fue como los animales pudieron calentarse hasta el fin de la tormenta con un fuego alimentado por el orgullo de un rey.



FIRMA INVITADA · Cristina R. Court

Licenciada en Filosofía Pura y Periodismo por la Universidad de La Laguna, Cristina R. Court siempre ha permanecido vinculada al mundo profesional de la comunicación, la literatura, la crítica de arte, la biblioteconomía y la museología en Canarias.

Trabajó en TVE, RNE, los periódicos *Canarias7* y *La Provincia*. Fue jefa de prensa del Centro Atlántico de Arte Moderno (CAAM), responsable de sus seminarios internacionales y de su biblioteca.

Ha realizado investigaciones y publicaciones sobre las áreas del Caribe, el Magreb y la cultura del Atlántico, así como múltiples ponencias en seminarios y ensayos sobre la identidad, la diversidad y el mestizaje artístico y cultural, la museología, la problemática de la migración y sobre archivos, bibliotecas y centros de documentación.

Es autora de numerosos ensayos y ediciones de narrativa propia y ha sido incluida en antologías de escritores de Canarias. En la actualidad coordina el Laboratorio de Investigación del CAAM en Las Palmas de Gran Canaria.

DOTEMOS AL VIAJERO QUE REGRESA DE ATRIBUTOS DE LA METAMORFOSIS Y EL RELATO DE SU PROPIO ASOMBRO. Y DE ESTA EPIFANÍA SÓLO PUEDE DAR TESTIMONIO EL LENGUAJE DE LA POESÍA

—Cristina R. Court

Legado

Cristina R. Court

Los hermanos El Hadji Ould Salek se querían con un amor desesperado y feroz, acaso por eso, por estar desesperadamente vivos. Un vínculo arcano que provenía de la usurpación de la infancia, una precariedad insoportable que aboca a una cierta melancolía, esa dicha o insana costumbre de estar triste.

Cuando se comparten privaciones fundacionales –el abuso, la oscuridad, esa etnología de la crueldad– los lazos tribales devienen sublimes. Un amor apátrida, inalterable, sedimentado, que nunca participa de la fábrica del olvido.

Esa clase de amor al que aspira el discurso de la historia, porque se beneficia de la gentileza mutua. Y de una sabiduría del entusiasmo, una hondura que no reclama ruido para ser el tiempo que nos queda.

Sus ancestros les legaron el estado de gracia de su apellido: peregrinaron a La Meca. Ellos, yacen ahora en el fondo del Océano, encapsulados en un tiempo detenido, bajo una patera de espléndida caoba africana.

Mi abuelo africano

Cecilia Rodríguez Bové

Por las noches cuando todos dormían, mi abuelo se escapaba de casa. Solo yo conocía su secreto. Descalzo corría hasta la playa, se sumergía en el agua como un pez y nadaba y nadaba, hasta llegar a Bangalala, una tierra recóndita, mágica y lejana que solo conocen los nativos y sus antepasados, nadie más. Allí, entre risas y tambores, se quedaba hasta el amanecer, hora en que regresaba a casa.

Lo hacía así a diario, hasta un día en que su alma le dijo que ya estaba cansada de ir y volver, que quería quedarse en Bangalala. El abuelo entonces me contó lo que le pasaba, y que no podría ir en contra de los deseos de su alma.

Cuando encontraron su cuerpo en la playa, dijeron que el abuelo había muerto. Intenté explicarle a mi padre lo que yo sabía, pero sonrió y me abrazó o, lo que es lo mismo, no me creyó. Solo yo sé que el abuelo no está muerto, porque las almas nunca mueren, él me lo dijo.

Su alma ahora vive en Bangalala. Desde allí me cuida y muchas veces viene a verme. Yo no lo veo, pero lo sé. Lo reconozco por las marcas de arena que deja siempre en el salón.

Viaje hacia sí mismo

David d'Argent

Habíamos llegado al campamento tras una larga travesía en dromedario, navegando sin rumbo conocido entre las ondas eternas del desierto. A la caída de la noche, Abudrar, mi guía, me sirvió un té y me invitó a tomar asiento al fondo de la jaima. Poco después volvía con un tajín y un par de botellines.

—¿Tú también vas a tomar cerveza? —le pregunté sorprendido—. Creía que a los musulmanes no os estaba permitido...

Abudrar me cortó con una sonrisa gentil.

—Yo soy bereber, un nómada morador de las arenas. No soy árabe ni musulmán; no le debo lealtad a Alá ni me interesa la ley de sus mezquitas. Éste que pisas es mi templo, amigo mío, y mi único dios vive conmigo aquí afuera.

Al día siguiente, salí de la tienda al despuntar el alba. Ante mí, se alzaba imponente una gran duna, y sin saber muy bien por qué me encumbré hasta su cima. Una vez arriba, el tiempo se detuvo ante mí en un paisaje infinito, en un mar de oro bajo un techo de azul límpido, bañado por un silencio sobrecogedor. Y entonces me descalcé, y me percaté de la inmensidad del mundo a mis pies. Y me quité la gorra, y comprendí la grandeza que había sobre mi cabeza. Y se me ocurrió que también yo era un grano de arena y una porción de firmamento. Y tuve la convicción de que yo era Uno y también era Ninguno; de que lo era Todo y no era Nada...

Justo en ese momento entendí con toda claridad de qué hablaba mi buen Abudrar.

Tuareg

Capitán Chacrahuilco

África fue el destino escogido como próxima parada vacacional. A mí me supo a vindicación infante, no tanto por las febriles lecturas de dicho continente, sí irremediamente por la compañera dulzona que me escoltó en mis travesías librescas: el Tuareg, una galleta de coco que era mi vicio irresistible y por la que guizgué mi curiosidad por África.

Mi mira era el Níger, mi embriagante exultación se despabiló delirando con sus dunas, camellos, jaimas y ettebeles. El pinchazo a mi entusiasmo vino cuando mi padre me dijo que había separado cupos para un safari en Namibia. Mascullé de rabia, yo había querido ir junto a los Tuareg. Le reclamé. No obtuve contestación, solo invectivas de ser un pueblo marginal y violento. Estaba visto que para él, África era una sábana cobijadora de salvajes. Claro, si era un salvajismo de selva era un espectáculo digno de asomar, pero si era uno referente a la sobrevivencia en medio de las durezas del Sahara, sí que era despreciable. Mi padre que era un íklan del prejuicio, quería que yo también lo fuera, mas yo no me arredré, estaba decidido a ser un imayeghan que contrarrestara sus pútridos estigmas. Algo de estremecimiento me daba el hecho de pasar del gusto de una galleta a la aproximación a esos sementales de la adversidad y el desierto. No había forma de echarme para atrás, tenía ya mi velo azul y estaba aprendiendo algo de tamajeq.

El segundo antes del ocaso

A.R. Medina

Sus ojos se volvieron tornasolados cuando la luz naranja del desierto penetró en sus pupilas oscuras. Era, apenas, lo único que aquel velo protector dejaba ver de su cara, como un yelmo de tela que evitaba con argucia los molestos latigazos de la arena; una mirada liberada, sincera y profunda que se había empeñado en abrazar con sus recuerdos el atardecer del Sáhara.

Ella estaba allí, inmóvil y expectante, mientras el sol se derretía en el horizonte y Venus se asomaba como un faro, guía del anochecer. Era ese segundo antes del ocaso que el Sáhara se encargaba de volver eterno. Fue en ese momento, con las arenas encendidas por última vez en el día, cuando supe que mi destino se enredaría por siempre en su piel.

—Sería bonito que nos quedáramos aquí toda la vida —susurró con voz delicada y sensual.

—Inshallah.

Y mis palabras se mezclaron con el viento serpenteante que tallaba a diario aquel océano de dunas. En ese instante, mi rumbo quedó anclado eternamente al de ella.

Obiageli

Tellem

Montez, montez, y el francés del patrón de la barca sonaba a bisbiseo de ladrón, la urgencia de los empujones desnortada, las ojeras de los presentes abombadas.

Los vaivenes del mar tatuaron filigranas de pavor nocturno en la debilidad de los treinta pasajeros. Todos tiritaban ateridos, aferrados a los cuentos chinos de los que ya habían llegado. La mujer que había parido tres horas antes ensalivaba a su cría y recordaba las palabras de un primo establecido en Barcelona, vete a Mauritania, es más fácil por Canarias, a los negros no nos deportan. Sin embargo, después de tres días a la deriva, ahora dependían exclusivamente de los caprichos impredecibles de las corrientes atlánticas. La niña se llamaba Obiageli, la que ha venido a disfrutar de la riqueza, y parpadeaba hambrienta, con el cordón umbilical cortado con el filo de una lata de sardinas. Un barco pasó cerca sin verlos y las olas se encabritaron mientras la alborada consolidaba el hedor árido de los cuerpos. Un riña feroz estalló por las últimas gotas de agua dulce y el quinto muerto, tras ser tirado por la borda, se hundió convertido en una cifra menos en el mamotreto de las estadísticas migratorias de Europa.

Là-bas il y a quelque chose, y las esperanzas se esfumaban por los espejismos de la luz diurna, la tierra firme todavía remota, la inocencia del bebé yerto amortajada con una camiseta del Real Madrid.

La caja de Babu

Purificación Rodríguez Díaz

Escucha con atención, Babu, porque no me queda mucho tiempo y quiero dejarte mi legado. Sólo son recuerdos, imágenes que me estremecieron y momentos que me hechizaron como nunca otros antes, pero desearía que también tú los descubrieras.

Sube a la cresta, dorada y perfecta, de una alta duna, y lograrás ver un día el más bello amanecer que haya iluminado la tierra.

Cuando vayas al río, detente en la orilla y trata de descifrar el lenguaje bronco del agua y los incontables secretos que esconde.

Durante las lluvias, cuando te resguardes junto al fuego del poblado, fija tu mirada en las brillantes llamas y entenderás algunas cosas que hasta entonces ignorabas.

Pero, sobre todo, observa el elegante caminar de los felinos, la libertad que anida en las alas de los pájaros, el silencio con que nadan los peces en el lago y la inteligencia que demuestran hasta los más pequeños insectos que pueblan la tierra. Guarda en tu memoria, como si fuera una caja imaginaria, todos esos momentos y aprende de ellos, Babu. Te harán volar alto.

Y si, un día, encuentras frente a ti unos ojos que te hagan estremecer y te hechicen como jamás lo hicieron otros antes, abre por fin la caja y muéstrale, confiado, tus tesoros. Quizá tengas la suerte de contemplar también los suyos y un universo nuevo surja en ese instante, irrepetible y eterno.

Echa a andar y llévame en tu corazón por el camino, Babu.

Aún tengo esta foto

Carmen Fernández Quintana

¿Te acuerdas de aquella tarde en que subimos a la azotea y escuchamos música hasta el anochecer? Estuvimos horas bailando y riendo, después, incluso, de que se pusiera el sol tras los tejados. Recuerda que me pediste que te hiciese una fotografía con tus discos. No estábamos en Bamako ni yo era Malick Sidibé pero, francamente, quedaste joven y hermoso.

El Cairo

Victoria Jorrat

Prácticamente todos los días hago mi maleta arrastrada por un ataque de morriña. Y mientras pienso en mi familia, en mi ciudad, y en todo lo que he dejado atrás cojo mi pasaporte, mi neceser, apiño toda mi ropa y me dispongo a salir de esta casa alquilada definitivamente. Añoro mi ciudad. En estos días bajo las escaleras a toda prisa pensando que va a ser la última vez que vea este ruinoso portal. Llego a la polvorienta calle y paro un taxi. Pero de camino al aeropuerto voy observando la parsimonia con la que el tiempo anda por sus calles, la paz que me transmite su incertidumbre. Siento el encanto de esta bulliciosa ciudad. Me doy cuenta de que este es el lugar que me hace sentir con mayor intensidad los pequeños detalles. Recuerdo que estoy donde quiero estar. Escucho la llamada a la oración. En realidad aquí soy más feliz. Y antes de llegar a uno de los puentes que cruza el Nilo le pido al taxista que vuelva a mi humilde y entrañable hogar.

Aceite de palma

Búho Girasol

El sol empieza su camino hacia el horizonte y los pasos sordos sobre el camino de tierra se van acercando al centro.

Erguidas y cargadas con sus hijas, las mujeres se unen a la reunión con seriedad y naturalidad. Saben que es importante, antes de que haga la noche, hablarse y escucharse unas a otras.

Cantan juntas. Hoy, Sikitu habla.

Una vez tuve alegrías.

Palma sobre palma, las manos se acarician.

Pero llegó el dolor.

Palma sobre palma, las manos sueñan.

La voz se calla, el tiempo para.

Palma sobre palma, las manos siguen.

No me gusta recordar, prefiero trabajar.

Palma sobre palma, las manos no paran.

Ahora canto y sueño que todo podrá ser.

Palma sobre palma, las manos se animan.

El relato se ha acallado.

Las palabras sobran.

Palma sobre palma, las manos negras sostienen pasado, presente y futuro.

Las nuevas mujeres guardan silencio y miran a sus abuelas.

Palma sobre palma, graban a fuego en sus manos el ritmo ancestral, infinito y sabio.

Palma sobre palma, la vida sigue; y, entre sus manos, el relato pasa.

Publicación

Edición

Casa África, diciembre de 2013

Coordinación

Estefanía Calcines Pérez

Traducción

De francés e inglés a español, Himar Suárez Ojeda

De portugués a español, Juan Morales López

Del relato *El pecho del diputado*, Antonio Lozano

Diseño y maquetación

Mario Muñoz Fernández

© De la edición, Casa África

© De los textos, sus autores



CASA ÁFRICA

África y España, cada vez más cerca

Calle Alfonso XIII, 5, 35003 Las Palmas de Gran Canaria

+34 928 432 800 / www.casafrica.es / info@casafrica.es

Con el apoyo de:



canaima

canaima

